El peregrinaje de los calvos tristes

Dicen que el peregrinaje de los calvos tristes comienza en los recuerdos, una vez vi al loco de la esquina; Jonás, arrojarse del tercer piso porque para él ya era hora de conocer a Dios. En cambio tuvo una fractura de cadera y algo más porque volvió con cuello ortopédico y silla de ruedas, no quise preguntar porque siempre titubea y comienza a contar historias de guerra o algo parecido, pero siempre en ellas lleva uniforme, la gente dice que no siempre fue así –la gente son mis vecinos-. Dicen que antes tenía pelo y era cuerdo o al menos se adaptaba, pero supongo que ahora está más allá que más acá, yo igual un poco pero es por la edad, en ese tiempo suponía que mi pelo cano me acercaba más a la realidad, pero algo raro pasaba, lo sentía en el aire, en el ambiente y las historias, la gente se estaba volviendo loca, no toda la gente pero la mayoría de ella sí, al menos los que no tenían pelo.

Dicen que el peregrinaje de los calvos tristes comienza en los recuerdos, pero yo estaba segura que comenzaba en otro lugar, de otra forma y me quedaba tiempo para averiguarlo.

Un día encontré a Valentina, la conocía desde que yo tenía 15 años y en ese entonces ya tenía 68, ella bordeaba los 70. Valentina iba a paso lento justo entre la esquina que da a la panadería y a la bomba de bencina, por la bolsa supuse que había ido por el pan, era temprano pero ella nunca sale después de las 5 de la tarde porque le empiezan a doler los huesos –al menos eso decía-, a duras penas llevaba un coche con un bebé de unos 6 meses, lo supe porque estaba calva y gritaba como pollo al matadero –típico de humano chico que no sabe hablar- me acerqué

para saber cómo estaba, ella un tanto nerviosa respondió un “bien” precipitado, -algo se trae entre manos-, lo sentí en sus palabras y la forma de expresarlas, la dejé ir pero me quedó dando vueltas la bebé calva, no era normal ese llanto, era extraña, no era de este mundo y Valentina era la encubridora de la supuesta “nieta”, pero ¿de qué? No lo entendía, debía averiguarlo pero en casa porque hacía frío.

Al llegar las preguntas surgieron una tras otra, tenía miedo, pero no hay nada que provoque más adrenalina que el miedo, es como escabullirse en una montaña rusa, tienes la sensación de caer pero te subes una y otra vez como si quisieras hacerle daño a tu cuerpo de una manera siniestra porque luego te ríes, así me sentía, con mariposas en el estómago y es claro que enamorada no estaba, no, a los 68 es más difícil porque una ya no es tan ingenua, tal vez porque uno suele conocer sus sentimientos, uno ya sabe cuándo debe iniciar un diálogo con ellos y el mío siempre tiende a ser más descortés –¡oye paren!- esas conversaciones las tengo porque conozco suficiente del amor y son pocos los que quedan de mi gusto, porque no me gustan las pasas aún siendo una de ellas. Estaba segura que pasaba algo más que no estaba dentro de mí, estaba fuera, ocurría en el ambiente, algo ocurría con los calvos y yo no era calva.

Busqué un trozo de madera con una lámina blanca, sabía que la había visto un par de años atrás, fui directo al cuartito que estaba lleno de cosas empolvadas, con una mano las movía mientras que la otra sostenía un zapato para matar las arañas que salían como corredoras profesionales del cuarto, supuse que hace tiempo no tenían visitas y yo las comprendí. ¡Eureka! Encontré el trozo de madera –sin eso era imposible continuar la investigación-, estaba detrás de una caja que contenía

fotografías y cartas y no es que me gusten los recuerdos pero me vi obligada a sacarla y dejarla en el living para revisar más tarde y luego instale el trozo de madera sobre la mesa del comedor y lo sujeté con una jarra de vidrio que en su tiempo había servido de florero. Con un plumón comencé a dibujar huevos que servirían de rostro, ninguno con pelo, los sospechosos eran calvos y debían permanecer así en la gráfica. El primero de todos el loco de la esquina; Jonás mi sospechoso número uno ¿Quién pensaría mal de él? Hoy en día nadie teme a los locos, al menos no los adultos que estamos peor que ellos. La segunda; la nieta de Valentina, es muy fácil camuflarse siendo sólo un bebé, nadie sospecharía de ella, debía averiguar más, no eran los primeros calvos que conocía. Intente pensar cómo se conectaban y más pronto que tarde ¡ya lo tenía! la panadería que esta frente a la bencinera la atiende un señor calvo que habla poco, extrañamente Valentina iba a diario ahí y Jonás por su parte tenía una debilidad por el papel higiénico y siempre los compraba en el mismo lugar. Todo había comenzado a calzar, me tapé la boca para ocultar el asombro de la soledad que invadía el cuarto, nada ni nadie podían sospechar lo que sabía y con nada me refiero incluso al aire. Con la manga de mi polerón borre los huevos pero las marcas delatoras aunque borrosas seguían ahí, tuve que usar cloro y Cif hasta eliminar por completo las evidencias, terminé jadeante, me dispuse a preparar una taza de té, ver las noticias para dormir y tener fuerzas para el día siguiente que era lunes.

El lunes desperté a las 11:00, - algo andaba mal- por lo general despierto antes y sentía el cuerpo extraño, algo pasaba en mis narices y no me había enterado. Bajé las escaleras despacio y en vez de entrar a la cocina por un té fui directo al living,

como si algo me dijera que ahí estaba la respuesta, ahí, en la misma caja de recuerdos que había dejado el día anterior.

Comencé a leer cartas viejas, adolescentes enamorados cursis y con mala ortografía, pero éramos jóvenes y supongo que eso hacíamos; enamorarnos y escribir mal. Encontré también cartas de familia, tarjetas de navidad que finalmente no dicen nada y por último fotografías que llamaron por completo mi atención, había un tipo alto de buena fachada pero calvo, se me apretó el corazón y luego un escalofrío recorrió mi cuerpo, estuve casi segura que no podía ser pariente porque no lo recordaba, busque más fotografías y me di cuenta que aparecía en al menos 3 de ellas. Pero no me impresionó más que el alzar una fotografía de una niña que por las iniciales y fecha de nacimiento coincidía con la mía –era yo-, me paralizó mirarme porque descubrí que yo también había sido calva ¿entonces era parte del plan? Lo que es peor, curiosamente nadie en la familia hablaba de mi calvicie. Me estaba enredando en un mar de confusiones, toda mi vida perdía su lógica y comencé a pensar que me volvería loca. Me puse la bata y salí corriendo a casa de Jonás, comencé a gritar y a lanzar un puñado de piedras, arrojaba una al tiempo que gritaba su nombre, luego una más grande hasta que rompí el ventanal delantero ahí caí en cuenta que había más de un vecino mirando el espectáculo y no debería ser así, al menos no ahora que yo formaba parte del plan, camine a paso rápido en dirección a casa y me quedé esperando la hora del pan de Valentina, quería increparla para tener al menos una certeza.

A las cuatro con quince esperé en la esquina hasta que la vi arrastrando el coche y la guagua calva llorando en plena avenida. cuando entraron al negocio aceleré el

paso y entré tras de ellas, era claro que la bebé fingía porque calló de inmediato, al menos era claro para mí.

-Valentina ¿cómo estás?- Alce el paño que cubría a la bebé-.

- ¡Sofía que haces! la bebé tiene frío y se puede enfermar-

-Sé exactamente todo, sé que algo planean, sé que tu nieta es calva y yo, yo también lo fui.

El calvo del negocio salió de la caja y se apresuró a poner un cartel “cerrado por fuerza mayor” mientras cerraba la cortina y quedábamos a oscuras y yo me preguntaba cuál era la “fuerza mayor”.

-¡Prendan la luz que no veo nada!-

-Ok Sofía calma, todos nosotros somos o fuimos calvos y tú también aunque entiendo que ya lo has averiguado, pero mantén la calma que estamos del mismo lado de la línea- (habla el dueño del negocio).

-Yo no me siento parte de ustedes, ustedes están locos y yo más cuerda.

Estábamos discutiendo cuando se escuchan tres golpes en la puerta y entra Jonás al tiempo que la bebé de sólo unos meses se sienta en el coche y dice “ya lo sabe Jonás, el momento se acerca” quedé paralizada, no sabía lo que iba a ocurrir, estaba confundida y dolida, yo no quería formar parte de nada.

En un momento comencé a sentir un cosquilleo en mi cuerpo hasta que me desplomé, caí al suelo desmayada y comencé a recordar de donde venía, yo no era

parte de este mundo y luchar era en vano. Al abrir los ojos dirigí mi mano derecha a la cabeza y me di cuenta como mi cabellera caía hasta disolverse por completo en el suelo, todo, absolutamente todo había sido falso.

Dicen que el peregrinaje de los calvos comienza en primavera, cuando el sol aún no quema pero ilumina, dicen que nacen más locos en esa estación y que aumenta la tasa de suicidios, dicen… la gente siempre dice muchas cosas.